

nuncia nadie, pero ni aun los latinos la pronunciaban diciendo *ascribere, astringere*.

El grupo *ns* perdía la *n* en la pronunciación latina y la pierde en castellano. Los eruditos escriben *ns* y tratan de pronunciar la *n*, aunque en vocablos muy generalizados la dejen de pronunciar: *mostrar* de *monstrare, istrumento* é *instrumento*.

En los participios derivados de *scribere, escribir* la tendencia es á omitir la *p*, conforme al géneo del castellano: *descrito, prescrito, suscrito, manuscrito*. Lo mismo digo de los demas derivados: *conscrito, rescrito, conscripcion, prescripcion, suscripcion* es como todo el mundo pronuncia, aunque muchos escriban la *p*.

Tampoco pronunciaron nunca los españoles la *c* delante de la *t*, *doctor, doctrina*, hasta que algunos eruditos cambiaron el *dotor* y *dotrina* del Diccionario de la Academia, que es como siempre se dijo y aun dice el pueblo, y nos han hecho pronunciar á la latina. «En las orthographias y puntos Vm. hará lo que mandare; a mi me parece mal que se escriba de una manera y se hable de otra, como en la lengua francesa; y pues ninguno dice *scripto*, ni *docto*, ni *scien- cia*, ni *presumpcion*, no hay para que escribillo», dice D. Antonio Agustín escribiendo á Zurita en 1578.

No había para que decir que ni Cervantes, ni Don Quijote por supuesto, ni mucho menos Sancho, pronunciaron todos esos grupos de consonantes, que el latín toleraba, pero que el pueblo en España no tolera, y que ha traído á nuestra lengua la confusión en la pronunciación y en la ortografía, hablando de una manera y escribiendo de otra, admitiendo dos fonetismos y dos léxicos en nuestro castellano, y divorciando el habla literaria y erudita del habla castellana pura y castiza. En el *Quijote* se hallan multitud de vocablos recién traídos del latín y escritos ya á la latina, ya medio á la española. Pero ni los usaba el pueblo, ni de usarlos los hubiera pronunciado como estan escritos. De aquí el que en el mismo *Quijote* estropee esos vocablos Sancho y demas personajes del pueblo, á quien se le quiere hacer decir *eructar* como si *regoldar* no fuera mas suave en la pronunciación y mas gráfico en lo que representa, y tan limpio como *eructar*.

b, v

6. «Aun no está decidido si los dos signos *b* y *v* representan hoy en castellano dos sonidos diferentes ó uno solo. Me inclino á creer que la mayor parte pronuncian *b v*, pero sin regla ni discernimiento, y sustituyendo antojadizamente un sonido á otro; de lo que

resulta el no poderse distinguir muchas veces por la sola pronunciación vocablos de diverso sentido, como *bello* y *vello*, *basto* y *vasto*, *baron* y *varon*, *balido* y *valido*, *beneficio* y *veneficio*, *tubo* y *tuvo*, *embestir* y *envestir*, *baya* y *vaya*, *grabar* y *gravar*, etc.» Este texto del eminente gramático Bello es un eco de las ideas corrientes entre no pocos eruditos, que miran el castellano al través del latín, sufriendo los hechos la consiguiente refracción. Sí, Sr. Bello: está enteramente decidido que hoy en castellano *b* y *v* son dos letras que pintan un solo sonido, de ordinario la labial suave espirante y á principio de dicción la simple labial suave, aunque siempre mas suave de lo que acontece en otras lenguas. Que se escriba *b* ó se escriba *v* para conservar la etimología, ó que siempre se pretenda escribir *b*, será cuestión ortográfica; pero no hay castellano, ni español que distinga la pronunciación de esas dos letras. No es que las pronuncien los españoles sin regla ni discernimiento, sino que la regla castellana pide que se pronuncien como un solo sonido, pues así se pronunciaron siempre y así lo pide el carácter fonético de la raza. Que no se distinguen esos vocablos, ¿y qué? Otro tanto sucede en todas las lenguas con muchas palabras; ni eso dificulta en nada la comunicación por medio de la palabra; que cuando la dificulta, la psíquica del lenguaje se encarga de diferenciar las formas equívocas. De seguir la ortografía etimológica, debieran escribirse con *v* y no con *b* *avogado*, *vermejo*, *vulto*, *vuitre*. Solo que habiéndose desconocido la etimología no entraron estos vocablos en el plan de reforma ortográfica moderna, quedando como pruebas de que antiguamente *b* y *v* se ponían á capricho por ser un mismo sonido.

Efectivamente los antiguos escribían *b, v (u)* indistintamente: *bino*, *buelto*, *nuebos*, *ban*, *cargana*, *auemos*, *caualleros*, *caualgar*, *bistades* por *vestid* (*Cid*, 991), *beued* (*idem*, 1025), *biua* (*idem*, 1038), *boluie* (*idem*, 1059), *aviendo* (*idem*, 1079), *alua* (1100), etc. Y nótese que á principio de dicción se prefiere la *b* por no ser tan espirante como en medio de dicción. Lo cual nos enseña que de seguir la ortografía simplificada, dejada la etimológica, debería ponerse *b* á principio de dicción, cuando es el sonido labial suave, y *v* en los demas casos, cuando es el labial suave espirante el que se trata de indicar. Delante de *l, r* suena naturalmente más fuerte: *amable*, *abrir*. Detras de *m* suele escribirse *b* y no *v*, no por otra razón que la etimológica; pero esa *m* suena *n* en castellano: *embestir* y *envestir* suenan idénticamente *enbestir*.

El sonido único *b, v* no ha sufrido evolución en castellano. En latín, la vocal *u*, que se escribió despues *v (V)*, al herir á otra vocal mas gruesa se semiconsonantizaba desde muy antiguo, equivaliendo á la *v* inglesa; en algunos casos llegó hasta á convertirse en verdadera

consonante bilabial suave, cuya fuerte correspondiente era la *f*. A principios de nuestra Era *f* y *v* se hicieron dento-labiales. Encuéntrase como bilabial en los vocablos germánicos tomados antiguamente del latín: *Wein* de *vinum*, *Weiher* de *vivarium*, los que se tomaron posteriormente tienen ya la articulación labio-dental: *Vers* de *versus*, *Veilchen* de *viola*, *Vettel* de *vetula*, *Vesper* de *vespera*, *Käfig* de *cavea*, *Vogt* de *advocatus*. En castellano confundióse con *f* y con *b*, sonando estos tres sonidos como espirantes labiales, lo cual indica que cuando *f*, *v* llegaron á España, eran todavía bilabiales: *acebo* de *acrifolium*, *ábrego* de *africanus*, *orebze* = *orivice* de *aurificem*, *provecho* de *profectus*, *toba* de *tofus*, *Esteban* de *Stephanus*. El sonido labial suave (*b*, *v*) admite dos grados, lo mismo que *g*, *d*, *j*, *s*, *r*, etc., suena unas veces mas fuerte que otras, según su posición silábica. A principio de dicción y detrás de consonante es fuerte, entre vocales es suave, pero siempre es espirante: en *bobo*, la segunda *b* es mucho mas suave que la primera; *hubieron* tiene la *b* mas suave que *venga*, por lo que los antiguos escribían *huvieron*, *huvo*, ó, lo que es lo mismo, *ouieron*, *ovo*.

De aquí que Nebrija fije reglas, que en parte se usaron antes de él, pero con infinidad de excepciones por querer conciliar la pronunciación con la etimología, fundiendo ambos principios en un mismo sistema de reglas ortográficas. Pero esto era imposible; pues la etimología iba por un lado, y el castellano, confundiendo *b* con *v*, solo atendía á la posición silábica. Hoy día existen igualmente los dos grados, lo cual prueba que esa distinción de Nebrija no es argumento que indique haberse pronunciado *b* y *v* en español como en frances. Oudin (*Gram. espagnole*. Paris, 1610) dice: «*Le b s'escriuant indifferemment pour le v consonne, et reciproquement l'un pour l'autre, n'a que la mesme prononciation, non toutefois comme le b ou le v françois, qui ont une difference remarquable, mais ainsi que les Gascons le prononcent, ou comme le w des Allemands; et pour le bien prononcer, faut prendre garde de ne battre les lèvres l'une contre l'autre, ains laisser un peu d'esprit libre entre icelles. Et pour preuve de ceci on trouve souvent l'un et l'autre en mesmes dictiones, comme sávana et savana, sabio et savio, et ainsi quasi de tous.*» No puede describirse mejor el sonido espirante bilabial, ni afirmarse mas categóricamente la ninguna distinción entre *b* y *v*, ni insinuar mas claramente el origen ibérico de esa tendencia á la espiración de las explosivas suaves, puesto que es comun al Gascon, tan ibérico como el castellano.

De los ejemplos de Nebrija se desprende:

1.º Que se escribe *b* cuando responde á *p*, *bb*, fonemas que se han suavizado en *b*, y que se escribe *v* cuando responde á *b*, *ph*, *v*

latinas, y esto entre vocales, es decir, que entre vocales *b*, *v* es mas suave, por lo que debe escribirse *v*: *abeja* de *apicula*, *abad* de *abbatem*, *breve* de *brevem*, *aver* de *habere*, *ravano* de *raphanum*.

2.º Precediendo líquida, se escribe *v*, menos detrás de las partículas *con-*, *en-*: *calva* de *calva*, *alvedrio* de *arbitrium*, *ciervo* de *cervus*, *yerva* de *herba*, *com-bidar*, *em-bidar*; pero hay excepciones.

3.º A principio de dicción se sigue la etimología: *bello*, *valle*, *venecer*, *bula*.

4.º En dos sílabas seguidas, la primera es *b*, la segunda *v*: *bever*, *bivir*, *bívora*: es que la segunda entre vocales suena mucho mas suave.

Por lo menos Nebrija, además de atender á la etimología, supo distinguir el carácter espirante y sus grados de *b* = *v*; la ortografía actual, desconociendo todo esto, solo se ha atendido á la etimología. Siempre la reacción latina ensuciando el castellano en vez de darle esplendor. Las consecuencias de la ortografía de Nebrija son que *b* y *v* sonaban igualmente, y que esa labial castellana tiene dos grados: es mas fuerte á principio de dicción, por sonar entonces algo mas fuertes todas las explosivas; pero que en los demás casos, entre vocales sobre todo, la labial es suavísima. La influencia ibérica es innegable: la *v* inicial, ante vocal, naturalmente, ha sonado siempre como nuestra *b* en todo el territorio ibérico, en España, en Gascuña y parte meridional del dominio provenzal hasta la Dordogne y el Agde, en Sicilia, Calabria é Italia meridional. En la Edad Media *b* y *v* se confunden en los manuscritos españoles; hoy la Academia ha hecho la distinción etimológica, aunque por ignorar la etimología de algunos vocablos dejó *b* donde debiera haber *v*, como en *abano*, *abanico*, *barrer*, *buitre*, *bermejo*. *Bo*, *bua*, *bue* suenan tan espirantes como *go*, *que*; de aquí su confusión en *abujero*, *agujero* y *ahujero*; en *abur* y *agur*, en *bomitar* y *gomitar*; en *buerto*, *güerto* y *huerto*; en *bofetón* y *gofetón*; en *bueso*, *güeso* y *hueso*; en *buevo*, *güevo* y *huevo*; en *güeno* y *bueno*; en *buardilla*, *guardilla* y *huardilla*; en *abuelo*, *agüelo* y *ahuelo*, que de todas estas maneras se oye en el pueblo.

En el *Quijote* se observan, en general, los principios ortográficos expuestos de Nebrija; pero como no respondían á la pronunciación y la misma etimología no se conocía bien, las excepciones son muchas. Así tenemos *bauador* y *babador* y *babera*; *bacallao* y *Vacallao*; *bazia* y *vazia* y *bazijelmo*; *baxel* y *vagel*; *bala* y *vala*; *balcon* y *valcon*; *balde* y *valdio*; *vallena* y *vallenato*, de *balaena*; *vanda* y *vandera* y *bandin* y *vando*; *vandolero* y *bandolero*; *baratija* y *varatija*; *barbecho*, de *vervactum*; *barda* y *varda*; *barniz*, de *verniz*; *barrer*, de *verrere*; *vascas*, *vasura*; *vayeta* y *bayeta*; *vellaco* y *bellaco*; *berengena* y *verengena*; *bermejo*, de *vermiculus* y *bermellon*; *bigotes* y *vigotes*; *cebado* y *ceuada* y

ceuar, cebo, ceuolluda y cebolla; cobarde y couarde; cobardía y couardía; abobado, agueta, abellana y auellana; auíessas y abieso; abispa, etc. Solo se observa bien la etimología en los vocablos eruditos, latinos mas que castellanos.

Las formas eruditas con *abs-*, *obs-*, *subs-* son tan antipáticas al castellano, que aunque la Academia sólo suprima la *s* en *subs*, diciendo *suscribir, sustraer*, y Bello mande que se diga *abstracto, obstruir, etc.*, conservando la *s* en *abs, obs*, el genio del castellano desecha la *s* por igual en los tres casos, y ya que se han admitido todos esos términos latinos, debiéramos acomodarlos lo mejor que pudiéramos á la índole castellana; de todos modos cuando lleguen hasta el pueblo, si es que llegan, la han de perder con toda seguridad, y estará muy bien perdida. *Obscuro* no puede pronunciarse sin afectación; antiguamente, por analogía con los muchos vocablos en *es*, decíase *escuro*, y así pronuncia generalmente el pueblo. Yo no me explico esas reacciones eruditas contra las formas vulgares, que han entrado en la turquesa de la fonética castellana, y reacciones que tienden á sacarlas de ella y volverlas á la turquesa latina. Los mismos eruditos dicen *oscuro*, y cuando hablan naturalmente sin la presión doctrinal quitan la *s* á *obs, abs, subs*; el que se fije, se cogerá cien veces con el hurto en las manos. ¿A qué viene ir contra la naturaleza? Son principios de la añeja lingüística, que despreciaba las lenguas vulgares para quitarse el sombrero ante el griego y el latín. Hoy la lingüística ha abierto los ojos y no se detiene á saludar cadáveres, y aprecia tanto las lenguas habladas como las que ya no se hablan. No hay jerarquías en lingüística; el castellano tiene tanto derecho como el que mas para que se respeten sus fueros.

Líquidas y nasales.

7. En latín existieron la *r* fuerte y la suave en las mismas condiciones que en castellano. Inicial de dicción y detrás de consonante, es fuerte y se escribe *r*; intervocal es suave *r*, ó fuerte *rr*. El eúskera no admite *r-* inicial; tiene que llevar delante una vocal. El castellano la admite; pero hay huellas de este euskarismo en el hecho de haberse formado la preposición *arre-* de *á* y *re*, muy usada antigua y vulgarmente, siendo así que *a-* no suele ir con otras preposiciones, ni añade de hecho ninguna fuerza á la idea: *arre-meter, arrebañar, arrempujar, arrebutar, arrellanar*. Otra huella consiste en que nuestra *r-* inicial é intervocal, siempre que es fuerte, tiene una vehemencia especial que choca á los extranjeros y es propia del eúskera: la *r* fuerte ibérica es característica por su vehemencia, no

se encuentra en ninguna parte. La *r* suave sufre en frances y en otras lenguas muchas modificaciones, sobre todo la de convertirse en uvular ó *r* parisien, y confundirse con la silbante. En castellano es tan pura que no sufre tales modificaciones. En cámbio se trueca por *l*, como en eúskera, fenómeno característico del castellano, y cuya explicación fisiológica está en la vecindad del paladar, donde pega la lengua al articulador *l*, y en cuya vecindad vibra al sonar *r*, de modo que al dejar de vibrar suavemente la lengua, fácilmente cae sobre el paladar, sonando *l*. Antiguamente se escribía á veces *rr* la *r* fuerte inicial, *rrey*.

Nada hay que advertir acerca del sonido *l*. Su palatizada *ll*, como las demas palatizadas, es característica del castellano, en el *Cid*, etcétera, á veces se escribe *l-*: *alá* por *allá* (*Cid*, 1435), *lorar* = *llorar, llamar* = *llamar*, etc. En latín, *bellus* sonaba *bel-lus*; solo en castellano dió *bello*, lo cual prueba que semejante articulación era indígena. La tendencia en las demas románicas ha sido á evitar la articulación *ll*, y aun en España los dialectos la pronuncian como *y*; *poyo* por *pollo*, *gayo* por *gallo*, defecto conocido de andaluces y americanos. Es tan castellana la *ll*, que en ella convirtió *pl, cl, fl*: *lluvia* de *pluvia*, *llave* de *clavem*, *llama* de *flamma*; mientras que la región céltica prefirió *ch, chama*, de donde *chamiza*. Además en muchas partes el vulgo dice *llamber* por *lamber(e)*, *lamer*; y es muy comun en los dialectos del Noroeste; así en *Juan del Encina* los salmantinos, lindantes con Portugal, dicen *lliso* por *liso*, *llugo* por *luego*, *llugar* por *lugar*, *levantas*, *lloado*, *lle* por *le*. Esto explica la *ll* de *llevar*, cuya palatización aparece en el antiguo *lievar*, de *levare*; débese á influencia dialectal. Nebrija dice de *ll* «la cual voz ni judios, ni moros, ni griegos, ni latinos, conocen por suia» (*Gram.* 1.^o), y otro tanto afirma de la *ñ*. Con esta tendencia contrasta el hecho de que mientras en las demas románicas la evolución de varios grupos ha dado *ll*, en castellano no ha seguido este procedimiento. En frances, por ejemplo, *li, il, cl, gl*, dieron *ll*: *fille* de *filia*, *oel* de *oculus*, *veiller* de *vigilare*, que en castellano son *hija, ojo, velar*.

Viniendo á las nasales, el castellano tiene *n, m* y la palatizada *ñ*. No «por hábitos vulgares, ó por el prurito de suavizar el habla», como escribe Bello, sino por el genio fonético del castellano, se dice no solamente *tras* por *trans*, autorizándolo la Academia, sino también *istrumento, mostruo, costruir, circunstancia*, aunque la Academia no lo autorice. Los romanos pronunciaban ya así, siempre el grupo *ns* perdía la *n* en la pronunciación. El castellano siguió el mismo estilo y de *constare* hizo *costar*, que el pueblo romano pronunciaba *costar* ó *costare*. Una Academia de la lengua tiene todo derecho para mirar por la pureza del idioma, pero no lo tiene para

imponer leyes que vayan contra su carácter. Por eso el pueblo y los mismos académicos cuando hablan como españoles y no como latinizantes, dicen *istrumento*, *mostrar*, *circustancia*, y es como debemos decir, si es que queremos hablar castellano y aun latin, y no volver al latin primitivo, que los mismos romanos habían olvidado. Tampoco «so color de suavizar el habla», como añade el mismo Bello, pronuncian muchos *inato*, *inocar*, *convencia*; sino porque el castellano desecha toda consonante doble, y *nn* además dió *ñ*. No «arguye, pues, esta práctica vulgaridad ó afectación de novedades»; antes la novedad está en pronunciar *nn*, que nuestros abuelos pronunciaban *ñ*. Y sino, dígase *anno*, *cunno*, *conno*, y seremos consecuentes.

La letra *ñ* proviene de la antigua ortografía *nn*, que en abreviatura se escribía *ñ* con tilde, signo supletorio de varias letras. También se escribía *ny*: «por decir *anno*, que ponen en lugar de la segunda *n* una *y* Griega, así *anyo* que adulza el son, e la Tilde supple la voz de la *N* que se quita.» (VILLENA, *Arte de trovar*.) La tendencia á palatizar la *l* en el Noroeste que hemos visto en *lliso*, *llugar*, *llevar*, también se encuentra en *n*: «ño estes ende reñaciando.» (JUAN DEL ENCINA, 243), de aquí *ñoño*, *ñudo*, *ñublo*.

Nuestros gramáticos y retóricos han creído que *dino* por *digno*, etcétera, eran licencias poéticas de nuestros clásicos; no era más que la pronunciación vulgar de términos eruditos; pues los vulgares primitivos cambiaron *gn* latino en *ñ*. «Cuando escribo para castellanos y entre castellanos, siempre quito la *g*, y digo *sinificar* y no *significar*, *manifico* y no *magnifico*, *dino* y no *digno*; y digo que la quito, porque no la pronuncio.» Así Valdes aplicando la regla ortográfica de Nebrija en la primera mitad del siglo XVI.

Delante de *p*, *b* la *m* que se suele escribir solo responde á la etimología latina, no á la pronunciación castellana. En latin toda nasal seguida de *p*, *b* se convertía en *m*, por eso se escribía y se pronunciaba, *ambos*, *campus*. Los preceptores de ortografía castellana nos han impuesto la misma ley: «Antes de *b* ó *p*, dice Bello, no se pronuncia ni se escribe jamás *n* en una misma dición, porque sustitimos á este sonido el de la *m*.» Con permiso de tan eminente y conservador ortologista, afirmo que escribimos *m* en tales casos, porque así lo han mandado; pero que todo español ahora y siempre ha pronunciado *n* y no *m*. ¿Pruebas? Son manifiestas. *B* y *v* son un mismo sonido en castellano. Ahora bien, delante de *v* siempre pronunciamos y escribimos *n*. ¿Por qué? Porque *n* es lo que suena, y no tenemos regla latina de escribir *m* en tal caso; que sino, los ortografistas nos hubieran mandado escribir *m* y hubieran dicho que *m* pronunciábamos. Para que *ambos*, *compuerta* sonaran con *m*, había

que articular dos veces los labios, puesto que *m* es labial, lo mismo que *b*, *p*. Diríamos, pues, *am-bos*, *com-puerta*, con una pausa entre las dos labiales, pues la *m* cierra los labios y *b*, *p* los cierran también. De intervenir una sola articulación labial diríamos *amos*, *comuerta*, que es como decían los antiguos. Nadie deja esa pausa ni unifica las dos articulaciones: luego lo que todo el mundo pronuncia es *ambos*, *compuerta*.

La pronunciación *mb*, *mp* es repetición de la articulación labial. Todas las lenguas evitan la reunión de dos articulaciones seguidas, cuando son del mismo órgano, y el castellano no reconoce ni un solo caso parecido. Si, pues, los romanos pronunciaban *mb*, *mp*, por fuerza fisiológica tenían que hacer una pausa entre las dos articulaciones labiales *am-bos*, *com-puerta*. En castellano no existe tal pausa, suenan *nb*, *np*. Si estudiamos el castellano antiguo hallaremos que *mb* perdía la *b*: *amos* de *ambos*, *plomo* de *plumbum*; *camear*, *camiar*. hoy *cambiar*, de *cambiare*; *paloma* de *palumba*, *lamer* de *lambere*. *lomo* de *lumbus*; tan desagradable pareció siempre á los oídos españoles *mb*. Que *mb*, *mp* sonaban *nb*, *np* lo dice la ortografía antigua, antes de que los latinizantes nos trajeran el latinismo de escribir *mb*, *mp*. Solo en el poema del *Cid* puedo citar *canpo*, *enpleando*, *enpara*, *enpresentaua*, *conpeçolas*, *conpieça*, *linpia*, *conpra*, *menbrado*, *enbargado*, *atamores* por *atambores*, *conbidar*, etc., etc. Esa regla latina será, pues, muy buena para el latin; pero no para el castellano. Seguiremos escribiendo *mb*, *mp* por la etimología, pero dando á *m* el sonido *n*. Y, por Dios, que no se nos venga con que pronunciamos *ambos*, *compuerta*, porque daríamos que reir, ni se nos diga que así suena en castellano. Sería el colmo de la pretensión ajustar no solo la escritura, sino también el habla, á una regla latina, que rechaza á todas luces nuestro romance.

El latin escribía y pronunciaba *immunis* por esa misma ley. ¿Por qué nosotros decimos y escribimos *immune*? Y ¿por qué decimos y escribimos *nf*, cuando el latin escribía *mf* por la misma regla, *circunferencia* y *circumferencia*? Por la misma razón por la cual decimos *ambos*, *compuerta*, aunque se empeñen los latinistas en que lo que pronunciamos es *ambos*, *compuerta*. Solo que en esos casos es tan manifiesta la *n*, que oír *immune* sería cosa de echar á correr. Pues la misma ley rige en todos los demás, y en todos ellos los españoles pronuncian *n*. Faltando á la etimología al escribir *nm*, *nf*, bien pudiéramos faltar á ella escribiendo *nb*, *np*, con lo cual no faltaríamos á la verdad, fundamento de la misma etimología.

En el *Lucidario* de Sancho el Bravo se lee: *enbiar*, *mienbro*, *cunplir*, *nonbre*, *Setienbre*. En la *Gaya sciencia* del de Villena: «La *m* y la *n* convienen en son algunas veces en medio de dición, así como

diciendo *tiempo*, que aunque se escribe con *m* face son de *n*, e si lo escribe con *n* face el mismo son, e por eso algunos lo escriben con *n*.» En el *Vocabulario* de Alfonso de Palencia: *impersonal, sinpatia, impar*; en el *Arte* de F. Pedro de Alcalá (1508): *onbros, senblante, senbrar, enviar, nonbre*, etc. En la *Historia general* de Alfonso X siempre hay *np*.

En otro lugar escribe el mismo Villena: «Por la *M* se pone *N*, como *tiempo*, ca se avia de escrevir con *M*; pero segun el uso moderno se escribe con *N*.» Era, pues, tan manifiesto aun para los eruditos que sonaba *n* la *m* en *mb, mp*, que á pesar de la etimología todos escribían *n*; el haber escrito *m* fué, por consiguiente, efecto de la reaccion etimológica contra la pronunciacion. En el siglo xvi tenemos la indisputable afirmacion de Valdes, que dice en el *Didlogo de las lenguas*: «¿Qué parecer es el vuestro acerca de poner *m* ó *n* antes de la *p* y de la *b*?», le había preguntado Marcio, y responde él: «Por mi fe tanto en eso, nunca seré muy supersticioso.» Valdés llama *supersticiosos* á los que por quisquillas etimológicas van contra la pronunciacion. «Bien sé (añade) que el latin quiere la *m*, y que, á la verdad, parece que está bien; pero como NO PRONUNCIO SINO *N*, huelgo ser descuidado en esto; y así, por cumplir con la una parte y con la otra, unas veces escribo *n* y otras *m*; y así tanto me da escribir *Duro es el alcacer para zamponas*, como *zanponas*, y de la mesma manera escribo *A pan de quinze dias, hambre de tres semanas* como *hanbre*.» La reaccion erudita se verificó, como se ve, en el siglo xvi. Mateo Aleman escribe: «A mi parecer es mas propio á nuestra lengua decir *immortal, enbarazo, imperio* que *immobil, embarcacion ó imperitos*.» Creo que Villena, Valdes y Mateo Aleman hablaban bien el castellano y habían reflexionado sobre él. Oigase á Correas: «... ¿por qué la han de mudar compuesta y escribir *tampoco, tambien*?» Es decir, si *tan* suena y se escribe con *n*, ¿por qué en composicion se ha de hacer *m*, no siendo términos latinos *tampoco* y *tambien*? No es ya la etimología, sino la ley latina, la que aquí se tiene en cuenta aplicándola malamente á otra lengua, que no reconoce tal ley.

Ni nos venga algun romanista español con que *m* suena delante de tales ó cuales labiales como *m*, porque así lo ha leído en libros de romanistas extranjeros. Los autores españoles citados y todos los españoles que vivimos y tienen orejas son y somos de más autoridad en esta parte que esos romanistas. No todo lo que dicen los españoles es paja, ni oro todo lo que dicen los extranjeros.

En el *Quijote* hay, conforme á la etimología, *innumerabilidad* é *innumerable*, pero cediendo á la pronunciacion *inumerable*. Tambien se guarda la ley erudito-latina de *m* ante *p, b*: *amparo, campo, limpiar, cambiar, hampo*, aun sin ser latino.

c, ç, z

8. En latin había dos paladiales, la fuerte *c* que sonaba como *k* con cualquiera vocal, y la suave *g* que sonaba con cualquiera vocal como la *γ* griega. Pero la articulacion de la vocal siguiente influye en la de las paladiales. Con las vocales huecas *u, o* tienden éstas á formarse en lo mas hondo de la boca, y así se explica la *q* latina, que lleva consigo una *u, qu*, y entra en la categoría que yo he llamado de enfáticas. Con la vocal *a* las paladiales tienden á formarse en la parte media del paladar, por estar bien abierta la boca para articular la *a*. Pero á poco que se adelante el lugar de la articulacion, por ejemplo, de *c*, puede originarse un elemento parásito palatizado, como sucedió en varias regiones francesas: *casa* vino á pronunciarse con la *a* tirando á *e*, originándose un elemento palatizador de *c*, *cyes*, que la convirtió en *ch, chez*, y aun sin *e*, de *camp, cyamp, champ*. El tránsito es nuestra *ch* fuerte, como se ve por la transcripcion de los vocablos franceses en medio alto alemán y en medio neerlandes: *tshapel, tschevalier, Ritschard*, por *chapel, chevalier, Richard*, y esa *ch* fuerte se ha conservado en los patois de la Lorena, Franco Condado, en Wallon, etc., y en los términos ingleses tomados del francés antes del siglo XIII: *chain, chair, challenge, chamber, chamberlain, champion, chance, chancel, chancellor, chandler, change, channel, chant, chapel, chaplain, chapter, charge, chief, butcher*, etcétera. Ahora bien, ese sonido, que es el de la *ch* castellana, no es mas que el de *c* palatizada¹. En el siglo XIII pierde su fuerza y se reduce á la *ch* actual del francés, que es la silbante palatizada: se ve por las transcripciones alemanas: *schaftelân, schanze, schapel*, etc., y por los términos ingleses tomados despues del siglo XIII: *chagrin, chaise, chamade, champagne, chancre, charlatan*, etc. Las paladiales con *e, i* tienden á formarse mas adelante todavía en la region paladial, verificándose con toda facilidad el fenómeno anterior de palatizarse, el cual lo tenemos en castellano: *centenar* y *ciento* de *centum*, que sonó *kentum*; *cena* de *caena*, que sonó *kena*; *ceñir* de *cingere*, que sonó *kingere*; *cinta* de *cincta*, que sonó *kincta*. La evolución de *ce, ci* es comun en parte á toda la Romanía, en parte privativa del castellano, y lo mismo la de *ge, gi*, de la que trataré despues.

En los *Gérmenes* he probado que *ce, ci* sonaron en latin *ke, ki*, y esta pronunciacion se ha conservado en algunas románicas y ha dejado huellas en el mismo castellano. En el sardo logudorío se dice

¹ CEJADOR, *Gérmenes del lenguaje*.

chentu, chera, chervu, chena, chelu, chibudda (caepulla), chircare, chinghere, de *centum, cera, cervus*, etc. En el ilirio-romano, que se habló en Dalmacia y litoral veneciano, existía la pura paladial, como se ve por el dialecto conservado en la isla Veglia de la costa de Croacia, donde se dice *caira (cera), kis (caseum), carviale (cerebellum), dic (decem)*. Igualmente en los términos tomados antiguamente del latín por los germanos: *kirsche (ceraseus), kiste (cista), kicher (cicer), kaiser (Caesar)*, y en los tomados por bretones y anglosajones. La epigrafía parece indicar, por lo menos en parte, que *c* conservó su sonido propio casi hasta el siglo VII: en un vaso de la Galia del fin del siglo VI, se encuentra *ofikina Laurenti*. En castellano tenemos *perdiz* de *perdric(em)*; pero *perdigar, desperdigar, perdigon; narices y narigon, narigudo; lagarto* de *lacertum, vegada y veguero* de *vicem, pegar* de *picem, raigon, arraigar, desarraigar*, en el *Fuero Juzgo* *arraigar y derreygar* de *radicem*.

Peró la silbantización de *ce, ci*, comun á un grupo de las antiguas indo-europeas, se verificó en casi todas las románicas. El tránsito fisiológicamente explicado es por la palatización que *i, e* ejercen en la *c* precedente, de modo que el primer sonido resultante es la *c* semipalatizada, que en mi exposición en la obra citada indico por *ky*, cual existe en las altáicas; después viene la palatización completa *tch* ó sea nuestra *ch*, como existe en sánkrit, en Italia, *cielo*, y en Picardía y Normandía, por ejemplo *chire, cherf, ichelle, merchi, brach, fach, tierch, cachier (chasser), forche*, etc.; después *tch* se hace *ch* francesa ó *ts, s*.

Tras la palatización viene la silbantización, de modo que no se detuvo, como en francés la *ca* palatizada, aunque suavizándose en la *ch* moderna, en *cha, che, char, cher, chez*, de *carrus, carus, casa*; sino que pasó adelante, haciéndose silbante *ts* en España, en algunos cantones ladinos y en parte de la Rumanía. Como tal se encuentra también en Francia en el siglo VII, según aparece por las glosas de Reichenau, hasta el siglo XIII. Así *fazet (Juram. de Estrasburgo), manatce (Santa Eulalia), czo (ibid.)*, y en las transcripciones alemanas: *zinc, zendal, merzi, puzele, fianze*, y neerlandesas: *fortse, fatsoen*, y hebráicas: *tsindre (cendre), pietse, montsiel (monceau)*, y subsiste en los términos alemanes *Prinz, Pelz (pelisse, ant. pelice), Franz, Mütze (aumusse, ant. almuce), Schanze (chance)*. En el siglo VIII se hace *s* en Francia, aunque se escribe *c*: *merci* de *mercedem, monceau* de *monticellum, pourceau* de *porcellum, pucelle* de *pullicella, bassin* de *baccinum, ronce* de *rumicem*. En castellano antiguo sonó también *ts*, y se escribía con *ç*, ó sea *c* con una cedilla, añadida para indicar la silbantización: *çibdad* de *civitatem, çercar* de *circa, çiento* de *centum, çierto* de *certum, çintas* de *cinctas, vençer* de *vin-*

cere, diçe (Cid, 974), reçebir de *recipere, connosçe (Cid, 983), merçed* de *mercedem, carçel* de *carcerem*. En las *Ordinaciones y paramientos de Barbastro (Rev. Aragon, 1903)* se encuentra *tz*, que pinta bien la pronunciación en cuestión: *dotze*.

La *ç* se empleó desde el siglo XIII (pues antes se escribía con *c*), excepto detrás de vocal, en que se suavizaba la pronunciación y se escribía de ordinario *z*, aunque á veces por excepción *ç*: *dezir* de *dicere, fazer* de *facere, yaze* de *iacet, cozinal (Cid, 1017), aduzen* (ídem 1019) de *adducere, plaze* (íd. 1098), *dezeno, vezino* de *vicinus, vezes* de *vices, cozer* de *coquere*. Se escribía, por lo mismo, *z* detrás de vocal en los dos casos en que desaparecía la *e, i*, de *ce, ci*; es decir, á fin de dicción, y á fin de sílaba ante consonante sonora: *diz, faz* de *faciem, plaz, voz* de *vocem, cruz* de *crucem, diezmo* de *decimus, sizra* de *siczram, plazra* de *plac-era* de *placet*. En fin, detrás de vocal, cuando *ci, ce* se reducía á *z* palatizando la vocal á la *ç (ts)*: *cedazo* de *saetacium, cenizo* de *cenicum, cierz* de *circius, erizo* de *ericium, luzo* de *laceus, lizo* de *licium, mastuerzo* de *nasturcium, onza* de *uncia, orza* de *orceus, amenazas* de *minacias, lanza* de *lancia (Cid, 996, lança), azero* de *aciarium, brazo (Cid, 920, braço, abraçar)* de *brachium*.

He dicho que la palatización de *ca* en *cha* en francés no pasó adelante, mientras que la palatización de *ce, ci* pasó, tras la palatización, á la silbantización. Este paso no puede verificarse sin perderse el elemento paladial de *ch* castellana para hacerse *ts*; es decir, adelantándose todavía más el lugar de la articulación. En vez de dar la lengua planamente contra la parte delantera del paladar junto á las encías, las *-i, -e* hicieron resbalar la lengua hácia los dientes, contra los cuales da al pronunciar *ts*. La vocal precedente suavizó esa *ts (ç)* en *z (dz)*, cuyo valor enseguida veremos. En el siglo XIII pierde la *ts* francesa (*ce, ci*) el elemento explosivo que está indicado en la *t* de *ts*, y queda la simple silbante, así como *tch*, ó sea *ch* española, se redujo á la *ch* francesa, perdiendo el mismo elemento explosivo *t*.

En España se dividió, como he dicho, *ts (ce, ci)* en dos sonidos, el uno el mismo *ts* que se escribió *ç* desde el siglo XIII; el otro, su suavizado *dz*, que se escribió *z*. El primero *ç* persistió detrás de consonante ó á principio de dicción, el segundo *z* detrás de vocal, que fué la que produjo la suavización. En la época en la que esta división se fué efectuando se encuentra, por lo mismo, *ç* á veces por *z*; pero desde el siglo XIV la ortografía es más regular y se escriben con *ç* ó *z* más fijamente los mismos vocablos. Este punto de la ortografía ha sido muy discutido y todavía no está resuelto, por no haberse estudiado detenidamente en todos los documentos escritos. Lo cierto es que desde el siglo XV *ç* y *z* fueron confundándose poco á poco en la pronunciación y en la escritura. Desde el siglo XV empieza á de-

jarse la cedilla en *ce, ci*, Nebrija la omite con toda reflexion, y fué cundiendo la moda hasta que se dejó por completo. Pasados tres siglos, en los que *ç* y *z* se habían distinguido en la pronunciacion, los sonidos *ç, z* vinieron á ser uno mismo para mediados del siglo XVI; el mayor desconcierto se nota en el siglo XVII, y en el siglo XVIII la Academia suprimió oficialmente la *ç*, quedando generalmente *ce, ci*, excepto á fin de diccion y de sílaba: *voz, diezmo*. De modo que los sonidos *ts* de *ç* y *dz* de *z* se convierten en el siglo XVI en los dentolinguales correspondientes *th, dh* (θ, δ) y en fin ámbos casi se confunden hoy en *th* (θ), ó sea la actual *z*, aunque existen los dos grados, fuerte y suave, segun sea su posicion silábica: fuerte en *zaque, zote*, suave en *azar, hacer*.

Viniendo al fonema *ti*, la ortografia vulgar latina lo confunde ya con *ci*, y en las románicas *ti* y *ci* dieron el sonido *ts*. Ya en latin vulgar, *ti* postónico sonaba como doble *ts*, y como tal persiste en italiano; *ti* pretónico sonaba ya en latin como *ts*, despues se hizo sonoro (*dz*), y así aun en la época romana entre el vulgo sonaba *z*; detras de consonante no podía hacerse sonoro. Segun Musafia¹, siempre *ci* produjo una insonora, y *ti* una sonora en las románicas; pero debe excluirse el castellano, donde *ci* y *ti* se trataron por el mismo raser. Pretónica ó postónica *ti* en castellano se escribió *çi*, ó, envolviendo la palatizacion á la vocal, *z: çi = z: malquerencia ó malquerenza, gracia* y los demas en *-tia, plaza de platea, pozo de putens, avestruz de ave + strutio, marzo de martius, fuerza de fortia (fuerça, CID, 1002; esforçado, íd., 972), lienzo de linteum, colazo de colacteus, creencia ó creenza, precio ó prezo, prez, cobdisia, cobdiçia ó cobdiza, cabeza de capitia, comenzar de cum + initiare, ponzoña y pozoña de potionem, tizon de titionem, sazon de sationem, racion y razon de rationem, donacion y donazon de donationem, fruncir de frontiare, etc.* Ford cree que *ci* entre vocales dió *ç*, y que *ti* dió *z*; en cámbio, Cuervo es de parecer que *z* proviene de *ci*, y *ç* de *ti*. Segun Meyer-Lübke, la ley de Neumann se verifica: *ti* y *ci* entre vocales originan *z* antes del acento, y *ç* despues del acento. «*L'Espagnol est tout à fait obscur...*» añade. Me inclino á creer con Saroïhandy², que *ci* y *ti* en castellano, independientemente del acento, fueron tratados lo mismo, despues de consonante persistió el sonido fuerte *ts*, escribió *ç*, despues de vocal se suavizó en *dz*, escrito *z*; aunque difiero de él en que supongo que *z* no fué sonora.

¿Qué sonido tenía *z* en castellano antiguo? Los autores generalmente admiten que *ç* era la insonora *ts*, y *z* su sonora correspon-

¹ *Romanía*, XVIII, p. 529.

² *Bull. hispan.* IV, p. 210.

diente *dz*. En los *Gérmenes* he explicado estos términos y las trascripciones ordinarias *ts* y *dz*. Exponen *açor* por *atsor* y *rezar* por *redzar*, de modo que *açor* vino de *acceptorem*, **aceter*, **açtor*, y *rezar* de *recitare*, **rezedar*, **rezdar*, por mediacion de *atstor*, *redzdar*, donde *t* y *d* primitivas desaparecen por la *t* de *ts* y la *d* de *dz* de la sílaba precedente. Los gramáticos antiguos solo convienen en que *z* era mas suave que *ç*, lo cual puede muy bien suceder sin que *z* sea sonora, como de hecho sucede en Eúskera, donde *ts* y *dz* son ambas insonoras. Me inclino á creer que *z* fué en castellano insonora. La razon primordial y potísima para mí es el carácter fonético castellano, que tiene sus raíces en el carácter fonético euskérico. He notado que el sonido mas difícil para los españoles es la *z* sonora; no hay mas que fijarse en los que estudian el frances. Les cuesta horriblemente pronunciar la *s* de *rose*, y despues de muchos años se les conoce á la legua á los españoles en el modo de articular dicha silbante sonora; y esta dificultad crece en los castellanos y aragoneses, el núcleo ibérico principal y mas puro. Ahora bien, la pronunciacion es lo que mas arraiga en los pueblos y lo que tarde, ó para decirlo mejor, nunca desaparece en ellos enteramente. Cámbia un pueblo de lengua, pero conserva su pronunciacion, ó todo lo mas contaminada con la pronunciacion de la lengua adoptada, produce unos sonidos mixtos. Este horror español á las silbantes sonoras contrasta con la facilidad con que las pronuncian las demas románicas, que es tanto mayor cuanto menos participan del iberismo. Que *z* fuera insonora se deduce ademas de los tratadistas, los cuales todos convienen en que *z* se articula con mayor dulzura y suavidad que *ç*. Ahora bien, para los españoles *z* sonora no ha podido jamás ser articulacion mas suave y dulce que la insonora *ts*. Esa suavidad se refiere, pues, no al elemento laríngeo, que para nosotros es difícil, sino al grado de la explosion, como *ga* respecto de *ca*, y *da* respecto de *ta*. La *ç* era realmente la *ts* euskérica, como todos afirman, por lo cual Velasco (1582) pudo decir que «*ç* no existe ni en latin, ni en griego, ni en italiano, ni en otra lengua vulgar»¹. Y adviértase su conservacion en España, si es que sonó igualmente antes en las demas románicas: porque es otro rasgo de coincidencia con el fonetismo euskérico. En las demas románicas, segun Musafia, siempre *ci* produjo una insonora, y *ti* una sonora; en caste-

¹ Los italianos identificaban la *ç* española á su *z*, *zz* áspera de *marzo, zucchero*, y ellos como los españoles las tenían por un mismo sonido en el consonante: *embarago, pedaço* y *paço* (el italiano *pazzo*) son consonantes en Torres Naharro (ep. 7), *Mendoza* y *mozza* en Bernardino Martiniano (*Stanze di div. auttori*, 2.^a parte, p. 40, Venecia, 1589), *Mendoza* se lee en los libros italianos y *Abruzo, Galeaço* trascribian los españoles *Abruzzo* y *Galeazzo*.